

Gobernar ¿para qué?

Luis Rubio

“ Los próximos cinco años serán clave en las decisiones que tomemos para mover a México hacia una economía del conocimiento”, afirman José Antonio Fernández y Salvador Alva en su reciente libro *Un México Posible*. La afirmación parecería de Perogrullo, pero choca con el entorno imperante: unos se congratulan de las reformas y avances que se han logrado, en tanto que los otros critican los efectos no deseados (ni deseables) de los cambios promovidos, entre los que incluyen los que son resultado del cambio tecnológico que arrastra al mundo. Tan concentrados en el pasado, pocos reparan en los retos que el país enfrenta hacia adelante y sus implicaciones, algunas de ellas ominosas.

El argumento central del libro es que, para ser exitoso, el país tiene que transformar su sistema educativo a fin de incorporarse en pleno a la economía del conocimiento, que es donde se encuentra, cada vez más, la creación de valor y, por lo tanto, de riqueza y empleos. Sin ese enfoque, el país quedará atrapado en el pasado y en la pobreza. Por eso, dicen los autores, es absurdo vanagloriarse fuera de contexto: es posible que hayamos realizado muchas reformas, incluso algunas trascendentes pero, en la medida en que otras naciones hayan ido más lejos y más rápido, en lugar de avanzar, nos retrasamos.

El mundo cambia, y lo hace de manera acelerada, y nosotros seguimos discutiendo si la modestísima reforma educativa de este sexenio debe ser avanzada o desmantelada. Muchas naciones, sobre todo desarrolladas, se están equistando y orientando por el espejo retrovisor, pero las naciones que realmente nos deberían importar -como el sudeste asiático, India y China- van corriendo para intentar ocupar los espacios que aban-

El argumento central del libro es que, para ser exitoso, el país tiene que transformar su sistema educativo a fin de incorporarse en pleno a la economía del conocimiento, que es donde se encuentra, cada vez más, la creación de valor y, por lo tanto, de riqueza y empleos. Sin ese enfoque, el país quedará atrapado en el pasado y en la pobreza. Por eso, dicen los autores, es absurdo vanagloriarse fuera de contexto: es posible que hayamos realizado muchas reformas, incluso algunas trascendentes pero, en la medida en que otras naciones hayan ido más lejos y más rápido, en lugar de avanzar, nos retrasamos.

donan los países ricos.

En Corea y Tailandia el debate educativo es sobre cómo ir más rápido que sus competidores para poder agregar un mayor valor, no cómo proteger el statu quo. Los niños de hace cincuenta años competían por los empleos y las oportunidades con sus pares de escuela; hoy, un niño que cursa primaria competirá con egresados de escuelas en Mumbai, Lagos o Helsinki. El espacio de competencia es el mundo y la clave es el consumidor, no el productor, lo que evidencia lo absurda -y ahistórica- de la noción de retornar a un pasado aparentemente certero.

Más allá de la persona que gane las elecciones, los desafíos que enfrenta el país no dejan de estar ahí; un presidente puede desear que el país se acomode a su estrecha visión, pero eso no cambia la realidad. Por eso, en esta era, no existen soluciones únicas ni garantías permanentes.

El debate electoral ha enfatizado el hecho evidente que los beneficios de las refor-

mas de las últimas décadas -tardías en casi todos los casos- no se han distribuido de manera equitativa. La gran pregunta es qué hacer al respecto. Una posibilidad, la que promueve AMLO, consistiría en refugiarnos en un pasado incierto e idílico (que, por cierto, desapareció porque no funcionaba). De triunfar AMLO, ¿ganarían los radicales que representa Taibo o el pragmatismo que AMLO mostró en el DF? En todo caso, ambas perspectivas son inadecuadas e insuficientes para el reto actual.

Cuando la tecnología cambia a la velocidad de la luz y la población está tan informada como el más consolidado de los gobernantes, las soluciones tienen que ser descentralizadas, es decir, deben conferirle el mayor peso de las decisiones a ciudadanos íntegramente formados con las habilidades necesarias para adaptarse de manera constante y sistemática. La apuesta debe ser por un sistema educativo radicalmente distinto al existente y a un sistema político abierto

porque ningún gobernante, ni el presidente más sabio y consumado, tiene la capacidad, o la posibilidad, de entender esa enorme y cambiante complejidad. En lugar de centralizar, es imperativo apostar por habilidades para un mundo cambiante donde la única constante es la intensa y creciente competencia. La pretensión de refugiarnos en el pasado es patética.

Un México Posible ofrece una salida infinitamente más racional y efectiva: sólo una descentralización, pero real, de las decisiones podría cambiar la dirección del país y esto implica, en la práctica, “empoderar” a la población con las capacidades necesarias para poder competir en el mundo del siglo XXI. Es decir, reconocer que no hay varita mágica que permita enfrentar los problemas de desigualdad y pobreza, que son reales y lacerantes; más bien el énfasis debe colocarse en una estrategia de capital humano que otorgue a las personas en lo individual la capacidad de decidir sobre su propio futuro.

Centralizar el poder y el control suena atractivo, pero sólo si estuviésemos en Moscú en 1923. La realidad de hoy, que nadie puede evitar por más que quiera, es que sólo las personas en lo individual pueden enfrentar sus problemas. Obviamente, el gobierno debe crear condiciones para que eso suceda. México claramente ha fallado en proveerle a cada ciudadano la oportunidad para ser exitoso. Centralizar el control no hace sino posponer la solución y, de hecho, la hace todavía más difícil. La salida, guste o no, es una educación del primer mundo que le confiera, a cada ciudadano, capacidades efectivas para resolver sus problemas.

@Irubiof

El bumerán de Peña Nieto

Jesús Cantú

A pesar de su promesa de únicamente participar en las elecciones con su voto, el presidente Enrique Peña Nieto utiliza prácticamente todos los mensajes que dirige en sus giras oficiales para pretender hacer campaña a favor de su candidato, José Antonio Meade. Lo mismo condena el populismo que advierte de todas las supuestas calamidades que caerán sobre México en el supuesto de que gane el candidato que encabeza todas las encuestas de preferencia electoral.

Su última intromisión fue la de invitar a votar más con la razón que con las vísceras, lo cual desde luego es lo deseable en cualquier democracia, sin embargo, en el caso del presidente mexicano es prácticamente un balazo al corazón, pues difícilmente alguien en su sano juicio quisiera repetir el actual sexenio.

En el caso del actual presidente mexicano la invitación resulta todavía más contradictoria si se recuerda su campaña electoral hace seis años, que justamente (como antes hicieron las de Ernesto Zedillo, Vicente Fox y Felipe Calderón) apeló a las vísceras, pues sabía que no tenía argumentos para poder convencer a la mayoría de los votantes mexicanos.

Tras el gran tropiezo que sufrió cuando acudió a la Universidad Iberoamericana, que provocó el surgimiento del movimiento #YoSoy132, eludió todas las visitas a escenarios que no tuviera bajo su total control y solamente acudió a los dos debates obligatorios.

Sin embargo, la mayor contradicción surge a la hora de evaluar su gobierno, que resulta reprobado prácticamente en todos los ámbitos. Entre los botones de muestra se pueden señalar los más de 120 mil homicidios dolosos que se han cometido hasta el momento en el presente sexenio, superando así al ya de por sí cuarenta sexenio de su antecesor; los casi 20 mil desaparecidos; y, desde luego, un índice de impunidad que alcanza cifras de 97%, es decir, únicamente 3 de cada 100 delitos concluye en una sentencia para el infractor.

La lista no para allí, basta recordar los grandes escándalos de corrupción que afloraron en el actual sexenio, empezando por la llamada Casa Blanca, que dejó al descubierto el trato privilegiado que le dispensó la constructora del sexenio a la esposa del presidente, Angélica Rivera, para la compra de una casa habitación de lujo en Las Lomas, en la ciudad de México. Sin embargo, la revelación de lo que sucedió con esa casa, fue la punta de una madeja que dejó al descubierto que tanto Peña Nieto como su entonces secretario de Hacienda, Luis Videgaray, también se habían beneficiado de dicho trato, pero con casas en lugares de descanso de fin de semana.

También están muy presentes los grandes desvíos que se atribuyen a los gobernadores que Peña Nieto ponía como ejemplo del nuevo PRI, durante su campaña electoral hace 6 años, como Javier Duarte, en Veracruz; César Duarte, en Chihuahua; Roberto Borge, en Quintana Roo; y Rodrigo Medina, en Nuevo León, únicamente para recordar algunos de los más sonados.

Sin embargo, las malas cuentas no se limitan a los ámbitos de la inseguridad y la corrupción, también se extienden a la política económica, donde jamás se pudo detonar el crecimiento económico y los espera-

En el caso del actual presidente mexicano la invitación resulta todavía más contradictoria si se recuerda su campaña electoral hace seis años, que justamente (como antes hicieron las de Ernesto Zedillo, Vicente Fox y Felipe Calderón) apeló a las vísceras, pues sabía que no tenía argumentos para poder convencer a la mayoría de los votantes mexicanos.

dos impactos positivos de las llamadas reformas estructurales jamás se dejaron sentir, por lo que tuvo que contentarse con mantener el mismo 2% de crecimiento promedio anual del Producto Interno Bruto, tal como sucede en las últimas tres décadas, lo cual ni siquiera permite alcanzar al crecimiento poblacional.

La reforma laboral sí permitió incrementar el empleo formal, pero de pésima calidad basta señalar que el porcentaje de la población con ingreso laboral inferior al costo de la canasta alimentaria aumentó del primer trimestre del 2005 (cuando inició la medición por parte del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social -Coneval-) al cuarto trimestre del año pasado en 6.2 puntos porcentuales, para alcanzar al 41% del total de la población. El ingreso laboral real promedio cayó del tercer trimestre del 2005 (cuando alcanzó su máximo valor) al cuarto trimestre del año pasado en 29%, es decir, el ingreso laboral per cápita prácticamente perdió una tercera parte de su valor en 12 años.

La lista de malos resultados del actual gobierno es interminable; pero si éstos no fueran suficiente razón para votar por el cambio y no por la continuidad, Peña Nieto todavía se da el lujo de promulgar leyes aprobadas únicamente por los legisladores priistas y de sus partidos satélites, pero que además cuentan con el rechazo de las organizaciones de la sociedad civil mexicana e internacional y los comisionados de derechos humanos de los principales organismos internacionales, como son la ONU y la OEA. Primero lo hizo con la Ley de Seguridad Interior y el pasado viernes 11 de mayo, con la Ley de Comunicación Social, conocida popularmente como la “Ley Chayote” (de la que me ocupé en la pasada colaboración).

Ante todas estas evidencias, la invitación a votar con la razón, hace cuestionarse si Peña Nieto es tan soberbio que piensa que puede seguir engañando impunemente a los mexicanos; o si su cinismo (ya muy evidenciado con el escándalo de las casas) alcanza tal magnitud que lo lleva a vanagloriarse de un sexenio para el olvido; o si su desapego de la realidad mexicana es tal que él piensa que efectivamente los mexicanos podemos valorar positivamente su gobierno.

Por cualquiera de las tres razones, la invitación de Peña Nieto es un auténtico bumerán que afecta a su candidato.

¿Puede haber un fraude? La percepción como coartada

Jorge Zepeda Patterson

Tengo un amigo que revisa lo que le depara su signo zodiacal antes de poner un pie en la calle. Si no le gusta lo que le espera según el zodiaco del día, simplemente consulta el de otro peiriódico. Con las encuestas sucede algo similar. ¿Le incomoda que López Obrador tenga ventaja de 18 puntos según el diario Reforma? Fácil, busque la de El Heraldito en la que Meade viene respirándole en la nuca, aunque sospechemos que sea una encuesta a modo.

El 1 de julio López Obrador se convertirá en presidente electo de este país, a menos que sus adversarios convengan al respetable público de que la ventaja del tabasqueño está disminuyendo significativamente. Si el candidato de Morena llega con un margen a favor de diez o más puntos a una semana de las elecciones, no habrá manera de que alguien le gane sin que se considere, en la práctica, un golpe de Estado. Más aún, si la gente da por sentado que López Obrador va a ganar, lo más probable es que lo haga con una distancia aún mayor, porque a muchas personas no les gusta votar por un perdedor.

Por el contrario, si se extiende la percepción de que Ricardo Anaya ha disminuido la diferencia de manera significativa, se filtra la posibilidad de arrebatarle el triunfo al tabasqueño. Sea porque, en efecto, el panista alcanzó y rebasó en el último instante o, simplemente, porque al sistema le basta que exista esa percepción para hacer verosímil un fraude. Es decir, la percepción como coartada.

¿De qué depende la noción que abrigue el votante sobre las posibilidades de triunfo o fracaso de los candidatos? La respuesta lógica dirá que de la conversación pública, de la propaganda, del juicio que hagan las redes sociales sobre el devenir de las campañas, de los aciertos y desaciertos de los contendientes. Pero en una campaña tan larga en la que todos esos factores han operado hasta la saciedad sin alterar la posición del puntero (López Obrador), da la sensación de que el resultado no va a cambiar a menos de que se convenga a la gente de que ha cambiado. En otras palabras, si no puedes cambiar la realidad, cambia la percepción que se tenga de esa realidad.

Y allí es donde entra la batalla por las encuestas. En teoría, las encuestas son un reflejo de la opinión pública. Pero, a su vez, las encuestas redefinen a la opinión pública. Si uno observa un partido de fútbol durante algunos instantes podrá pensar que determinado equipo va ganado, pero es sólo cuando miramos el marcador que advertimos lo que en realidad está sucediendo. Las encuestas son el marcador de las campañas. Con un diferencia: los goles en la cancha son hechos reales una vez que son avalados por el árbitro, los números en las encuestas son percepciones.

Por esa razón hay encuestas para todos los gustos. Hay las que afirman que Meade todavía le disputa la segunda posición a Anaya e incluso las que lo ponen por encima del panista; otras, por el contrario, dan cuenta de una caída continua e irreversible. Hay encuestas que mues-

El 1 de julio López Obrador se convertirá en presidente electo de este país, a menos que sus adversarios convengan al respetable público de que la ventaja del tabasqueño está disminuyendo significativamente. Si el candidato de Morena llega con un margen a favor de diez o más puntos a una semana de las elecciones, no habrá manera de que alguien le gane sin que se considere, en la práctica, un golpe de Estado.

tran que la ventaja de López Obrador es inamovible, otras que afirman que Anaya está recortando la distancia.

Los cuartos de guerra de las campañas han llevado la batalla al terreno de las encuestas. Tratan de negociar con las casas encuestadoras para generar resultados favorables a su causa y están dispuestos a pagar en oro cada dígito ventajoso. Y una vez que observan un resultado conveniente, gastan fortunas en los medios para cacarearlo y convertirlo en “dato duro”, en argumento para impactar en la percepción del público.

Desde luego hay encuestadoras buenas, malas y regulares, eficientes e ineficientes, corruptas y honestas. El problema es saber quién es quién, sobre todo porque la difusión de los resultados no depende de la calidad de la marca encuestadora sino de la maquinaria de propaganda del partido al que le convienen determinado resultado.

Hay tanto en juego y tales fortunas involucradas que incluso hay instituciones dispuestas a tirar la reputación, cualquiera que ella sea, a cambio de una tajada del pastel.

Por ello es interesante el ejercicio que Bloomberg y El País (cada uno por su cuenta) han hecho para presentar una nueva herramienta: un modelo que promedia todas las encuestas, pero dándoles un valor en función de la calidad de cada casa encuestadora (metodología, récord en elecciones anteriores, etc.). Una especie de curaduría de sondeos y encuestas. Un vistazo ponderado de lo que en realidad está sucediendo en el terreno de la intención de voto.

La próxima ocasión que veas una encuesta de temas electorales cuyo resultado no te gusta simplemente entra a la Web y busca la que más te cuadre. Pero si prefieres tener una idea de cómo anda el marcador, échale un ojo a la de Bloomberg, sea para festejar o para espantarte.

@jorgezepedap
www.jorgezepeda.net